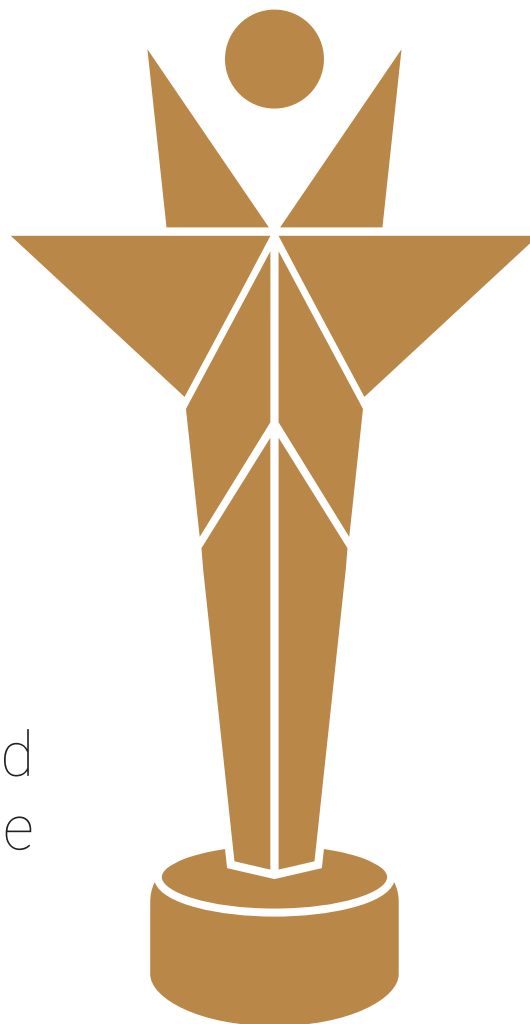


Área: Ciencias Naturales

Bogotá, Cundinamarca



La Granja en el colegio unidad pedagógica. Un proyecto de proyectos

Por: Julio Enrique Munevar
Alvarado

Hay muchas maneras de llegar a un mismo destino, y a veces el destino no importa, lo que importa es el camino, el que vamos abriendo. Buena parte del trabajo que hemos hecho en un pequeño espacio del Colegio Unidad Pedagógica, que denominamos La Granja, es justamente esto: abrir trochas y dejar caminos. Es un espacio en permanente construcción que en oportunidades funciona como un taller de artes y oficios; otras como un proyecto transversal a todo el colegio y a todas las disciplinas; a veces, un lugar donde los niños pueden divertirse y aprender solos, sin mayor intervención del maestro y, en otras, como un semillero de proyectos. La Granja no es el proyecto PRAE.

Una pregunta que generalmente me ronda como maestro de la Unidad, es saber cuándo intervenir y cuándo no, en otras palabras, cuándo entrar y cuándo salir del proceso de aprendizaje de los niños. A veces, suele ocurrir, me concentro mucho en enseñar y esto puede ser un obstáculo para la construcción del conocimiento. También me he pensado como promotor y cazador de preguntas que me permita articular un trabajo. Es clave saber cuándo responder una pregunta y cuando no. -¿Qué hora es, Julio?- me pregunta un estudiante. -Son las 10:30 de la mañana- le respondería, por ejemplo, si es un estudiante de noveno. Pero si es de

tercero o cuarto, seguramente le devolvería la pregunta a la vez que le descubriría el reloj de mi muñeca. Recuerdo que alguna vez dos niñas de 9 años de edad, que habían hecho una apuesta, se acercaron corriendo a preguntarme ¿a qué hora se pone el condón? Y justo cuando, con torpeza, yo iba a responder, una de ellas aclaró: ¿el condón se pone en la mañana o en la tarde?

Hemos procurado hacer de La Granja un escenario de aprendizaje. Allí los niños entran a cualquier hora y con frecuencia uno se los encuentra. Después de molestarme mucho con algunos de ellos porque pisoteaban unos surcos de hortalizas, pensé que era mejor seguir sus huellas y dejar un camino para que ellos llegaran rápido al gallinero. Le indiqué a una niña a cual planta podría arrancarle las hojas para alimentar las gallinas y le dije que no confundiera la hierba lengua de vaca, que es una maleza, con la espinaca que es un cultivo. Pasados unos meses, muchos niños no solo reconocían la lengua de vaca sino que descubrieron otras malezas con las que alimentaban a las gallinas. En una oportunidad, cuando le explicaba a un visitante de la granja que unos pollitos eran hijos de una pisca que los cuidaba en el mismo corral, una niña que allí estaba, Isabela, me corrige: -Ella no es la mamá. Un poco contrariado con la niña y

apenado con la visita, le pregunto por las razones de su afirmación. –*Mira Julio*– explica Isabela, de tercero de primaria –*Estos pollitos son hijos de una gallina que está en aquel otro corral. Vengan y se las muestro. ¿Si ven esa gallina de plumas blancas y negras? Sí. La pequeña. Sí. Esa. Ella es la mamá*– Nos indica con el dedo una de las doce gallinas. La niña nos da todas las explicaciones de por qué sabe esto y plantea hipótesis de por qué estos pollitos están con la pisca y no con la mamá gallina. –*¡Ah! La pisca no tiene esposo*– aclara Abril, una niña que acompaña a Isabela en ese momento, –*mientras que todas estas gallinas tienen un solo esposo: ese gallo*– y nos lo señala con el dedo.

¿Cuál fue mi papel como maestro en este caso? ¿Enseñar? No. ¿Buscar estrategias y didácticas? No. ¿Revisar qué tanto sabe Isabela y sus amigos? No. ¿Evaluarla y ponerle una nota? No. ¿Gestionar un espacio para que en el horario pudiera ir a La Granja? No. Tal vez mi mejor aporte fue el estar ahí, para proponer un escenario de aprendizaje.

En La Granja, en años anteriores, con los estudiantes, hemos cultivado y cosechado quinua de diferentes variedades, pero sin hacer un proceso de poscosecha; lograrlo sería nuestro horizonte de trabajo. También en otros años ha quedado la inquietud, tanto de estudiantes en las clases de Ciencias, como del grupo ambiental PRAE, de qué hacer con los materia-

les orgánicos que produce el colegio cuando se poda el prado, los jardines y los árboles.

Dimos inicio a nuestro trabajo con los estudiantes del Taller de Granja con estas dos inquietudes: el procesamiento de la quinua y el uso de la leña. El fuego ha sido motivo de reflexiones al interior de la clase de filosofía con el maestro Miguel Hernández y con él y sus estudiantes intentamos hacer fuego como lo hiciera el hombre del paleolítico, luego hicimos un tinto en un fogón de tres piedras, improvisamos un fogón más eficiente, hicimos algunas mejoras y así, poco a poco, llegamos al diseño de varias estufas de leña. Cuando estuvimos seguros del mejor diseño, nos dimos a la tarea de construirla. Entonces, albañiles fuimos todos. Palustre, pala, nivel, plomada, escuadra, puntero y maceta entraron en escena. Nos detuvimos para ver cómo funciona y cómo se usa una plomada, un nivel y una escuadra. Era inevitable que apareciera el teorema de Pitágoras, la estructura química del cemento y su pH, la reacción del cemento fraguado a sustancias ácidas y su resistencia física, etc.

Ocho días después de construida la estufa con ladrillos reciclados, tiempo en el cual el cemento ha fraguado, la prendimos y preparamos un caldo de costilla, luego vino la desaponificación de la quinua, el secado de la quinua, el arroz con quinua, la arepa con quinua, la uchuva deshidratada

con quinua, la papa criolla frita cultivada y cosechada en La Granja, las empanadas con agua de panela. Todo esto gracias a las ramas, troncos y chamizos podados a los árboles.

Los niños de primaria, que con frecuencia hacen recetas de cocina, también usaron la estufa de leña, y todos dieron ideas para hacer otra aún más eficiente. Una niña lamentó que no tuviera un horno para asar un pollo, otro dijo que faltaba un calentador de agua y otro que era una estufa muy pequeña, que la estufa de su casa tenía cuatro puestos y que esta solo tenía dos. Con todas estas observaciones, pensamos construir una estufa más grande. Los estudiantes encontraron en este espacio importantes posibilidades para fortalecer sus conocimientos y lograron darle un buen uso a un material que generalmente se pierde y, en consecuencia, darle una solución parcial a un problema.

Estas búsquedas son incorporadas a un eje problematizador que se trabaja en octavo grado: ¿Cómo es el flujo de energía en las células, los organismos y los ecosistemas? En torno a él hemos logrado articular diferentes áreas del saber, desarrollar algunos procesos científicos e involucrar intereses tanto de los estudiantes como del maestro. El año pasado sistematizamos esta práctica peda-

gógica con el título: El Biocalentador y la postulamos al premio Compartir del maestro y también fue presentada en el Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología, Innovación y Educación en Buenos Aires.

También hemos querido hacer de los residuos orgánicos de la poda de jardines y árboles, que llegan a La Granja, un permanente escenario para los estudiantes de octavo. Con algunos chamizos y trozos de madera hacemos una fogata y el fuego mismo pareciera proponer algo. Para la siguiente clase ya estamos calentando agua, midiendo la temperatura y la cantidad de energía ganada. Algunas preguntas se pueden responder y otras nos pueden tomar un tiempo. Cómo funciona el termómetro, nos lleva a la construcción de termómetros de agua, alcohol, gasolina, leche, aceite de cocina, aceite de motor y yogurt; a la construcción de gráficas; al manejo de variables; al concepto de dilatación de los cuerpos. ¿Por qué arde la madera? Nos acercó a comprender la combustión; el concepto de reacción química, tanto exotérmica como endotérmica; a revisar la estructura molecular de la madera; a estudiar el proceso de oxidación de las moléculas de glucosa, sacarosa, celulosa, hemicelulosa y lignina. La pregunta por la disposición de las cenizas nos condujo a estudiar el efecto que tiene esta ceniza

de madera sobre el crecimiento de un cultivo de lechuga y explicar a su vez el proceso de la fotosíntesis.

Muchos otros proyectos se han trabajado en La Granja. Como el de los cultivadores de calabacín, yacón y trigo del módulo de maternal con su maestra Mariona; la siembra de cilantro de los niños de Kinder A con su maestra Andrea, el cultivo de tomate cherry bajo invernadero con los niños de cuarto liderados por las maestras Gina y Natali; la permacultura de los estudiantes de cuarto de 2014 con su maestro Luis Esteban; el compostaje y la lombricultura con residuos de la cocina de los estudiantes del PRAE, la cocina colombiana de los niños de tercero que preparan mute en la estufa de leña aprovechando la ceniza de la misma estufa, la seguridad alimentaria del ciclo octavo noveno en 2012, el insectario de los estudiantes de sexto de 2013 y su maestra Maritza, la estación meteorológica, etc. Para actividades como la cosecha o la construcción de la estufa convocamos a todos los estudiantes y hacemos rituales que nos permite fortalecer la integración de toda la comunidad. Es así como la cosecha se comparte y, seguramente, a todas las casas ha llegado un regalo de la tierra; de La Granja.

En la evaluación trabajo el diálogo

constante y un tanto socrático con los estudiantes, la controversia, la argumentación en las discusiones, las plenarias y, sobre todo, valoro las preguntas que hacen y que voy registrando en mi diario. Lo más formal que hago en la evaluación son los mapas conceptuales para mirar lo que el estudiante sabe y ha construido. Cada estudiante, cada ser humano en general, tiene su propia y única huella cognitiva y, en este sentido, no puede haber un mapa conceptual igual a otro; hay tantos caminos para aprender como estudiantes y maestros en un salón. No hay problema en que un estudiante mire (le copie) a su compañero, porque el conocimiento es una construcción social y todo el que aprende, aprende social y cooperativamente. Calificar no es un interés del colegio ni el mío en particular. Las notas y las calificaciones no le hacen ningún aporte a la evaluación ni al crecimiento del estudiante. Las búsquedas y aprendizajes del estudiante son registradas en informes periódicos que se comparte con los padres.

Así pues, La Granja, es un espacio que cruza todo y a todos, al saber y al saber hacer. Un lugar que fortalece la formación integral del estudiante. No sabemos los futuros caminos de La Granja; lo que sí sabemos es que cada año habrá algo nuevo por hacer y algo nuevo por descubrir.



**MEJORES
PROPUESTAS**
Premio Compartir

2015



Compartir
PALABRA
MAESTRA



Bogotá - Colombia
Mayo de 2017
